

Llegado al cuarto de Fantina, Javert dió vuelta á la llave, empujó la puerta con una suavidad de enfermera ó de espion, y entró.

Si hemos de hablar con propiedad, no entró. Se mantuvo de pié en la puerta entreabierta, con el sombrero en la cabeza, y la mano izquierda en su levita cerrada hasta la barba. En el pliegue del codo podia verse el pomo plomizo de su enorme baston, el cual desaparecia á su espalda.

En esta actitud permaneci6 cerca de un minuto, sin que nadie se apercibiera de su presencia; cuando hé aqui que, de repente, Fantina alz6 los ojos, le vi6 6 hizo que el señor Magdalena volviera la cabeza.

En el momento en que la mirada de Magdalena se encontró con la mirada de Javert, Javert, sin menearse, sin acercarse, sin que hiciera el más mínimo movimiento, apareció espantoso. Ningun sentimiento humano logra inspirar tan bien el terror como la alegría.

Era aquel el semblante de un demonio que acaba de recobrar á su condenado.

La certidumbre de poseer en fin á Juan Valjean hizo aparecer en su fisonomía todo cuanto él tenía en el alma. El fondo removido subió á la superficie. La humillacion de haber perdido durante algunos dias la pista de él, y de habers engañado en este tiempo por la aparicion de aquel Champ-mathieu, quedaba ya borrada bajo el orgullo de haber adivinado tan bien desde el principio, y de haber mostrado por tanto tiempo un instinto exacto. El contento de Javert se ostentaba en su actitud soberana. En su estrecha frente dilatábase la disformidad del triunfo. Era todo el alarde de horror que puede dar de sí un rostro satisfecho.

En aquel momento, Javert estaba en sus glorias. Sin que él se diese claramente cuenta de ello, pero, sin embargo, con una intuición confusa de su necesidad y de su éxito, personificaba él, el mismo Javert, la justicia, la luz y la

verdad en su celestial funcion de confundir el mal. Tenía detras de sí y en derredor suyo, en una profundidad infinita, la autoridad, la razon, la cosa juzgada, la conciencia legal, la vindicta pública, todo el firmamento; protegía el órden, hacía brotar de la ley el rayo, vengaba á la sociedad, prestaba el auxilio de su poderoso brazo al absoluto; erigíase él un trono y una gloria; habia en su victoria un resto de provocacion y de combate; de pié, altivo, soberbio, ostentaba, como proyectada en un fondo azul, la sobrehumana bestialidad de un arcángel feroz; la sombra formidable del acto que él consumaba hacia visible en su puño contraido el vago resplandor de la espada social; dichoso é indignado, tenía bajo su talon el crimen, el vicio, la rebelion, la perdicion, el infierno; y radiaba, exterminaba, sonreía, habiendo una incontestable grandeza en aquel san Miguel monstruoso.

Javert, espantoso, nada tenía de innoble.

La probidad, la sinceridad, el candor, la convicción, la idea del deber, son cosas que, engañándose, pueden ser horribles, pero que, aún siendo horribles, permanecen grandes; su misma majestad, propia de la conciencia humana, persiste en el horror: son virtudes que tienen un vicio, el error. La implacable alegría honrada de un fanático en la embriaguez de sus atrocidades conserva cierto brillo lúgubramente venerable. En su formidable dicha, Javert, sin que él lo supiera, era digno de compasion, como todo ignorante que triunfa. No hay nada tan punzante y tan terrible como aquel rostro donde se ostentaba lo que pudiera llamarse todo lo malo del bien.



IV

LA AUTORIDAD RECOBRA SUS DERECHOS

La Fantina no había visto á Javert desde el día en que el señor alcalde la había arrancado de manos de aquel hombre. De nada podía darse cuenta su cerebro enfermo; sin embargo, para ella no cabía la menor duda de que venía á buscarla. No pudo soportar la presencia de aquella horrenda figura; sintióse desfallecer; ocultó su cara con ambas manos y exclamó llena de terror y de angustia:

— Señor Magdalena, ¡sálveme usted!

Entre tanto, Juan Valjean, — pues ya no le daremos otro nombre en lo sucesivo, — se había puesto de pié, y dijo á Fantina con la voz más suave y más serena

— Tranquilícese usted. No es á usted á quien busca.

En seguida, se dirigió á Javert y le dijo:

— Sé lo que usted quiere

Javert respondió:

— ¡Vamos, pronto!

En la inflexion que acompañó á estas dos palabras había algo de feroz y de frenético. Javert no pronunció clara y distintamente esas palabras, sino una especie de gruñido equivalente; sin que ninguna ortografía sea capaz de expresar el acento con que él le berreó; pues, más bien que palabra humana, fué aquello un rugido.

No hizo como de costumbre; no entró en materia; no enseñó ninguna orden ó auto de prision. Para él, Juan Valjean era una especie de combatiente misterioso é insecuestrable, un luchador tenebroso á quien él estrechaba hacia cinco años sin poderle derribar. Esta prision no era el principio sino el fin de sus designios. Por eso se limitó á decir: ¡Vamos, pronto!

Al pronunciar estas palabras, no dió un paso siquiera; lanzó sobre Juan Valjean aquella mirada que él arrojaba como un gancho, y con la cual acostumbraba á atraer hácia sí violentamente á los miserables.

Fra la misma mirada que la Fantina había sentido penetrar hasta la médula de sus huesos, dos meses ántes.

Al grito de Javert, Fantina había vuelto á abrir los ojos. Pero estando allí el señor alcalde, ¿qué podía ella temer?

Javert avanzó en medio del cuarto y gritó:

— ¡Ea! ¿acabarás Ce venir?

La desgraciada miró en derredor suyo. Allí no había nadie más que la religiosa y el señor alcalde. ¿Á quién pues podía dirigirse aquel tuteo abyecto? Á ella solamente; y se puso á temblar.

Entónces presenció una cosa inaudita, tan inaudita, que jamas se le había representado nada igual en sus más negros delirios de la fiebre.

Vió al polizone Javert agarrar por el cuello al señor alcalde; vió al señor alcalde inclinar la cabeza. Parecía que el mundo se hundía.

Con efecto, Javert había cogido por el cuello á Juan Valjean.

— ¡ Señor alcalde ! gritó Fantina.

Javert dió una carcajada, una horrible carcajada que resonó al descubierto todos sus descarnados dientes.

— ¡ Ya no hay aquí señor alcalde !

Juan Valjean no trató de apartar la mano que tenía asido el cuello de su levita. Sólo dijo :

— Javert...

— Llámame señor inspector, — le interrumpió Javert.

— Señor, repuso Juan Valjean, quisiera decir á usted dos palabras aparte.

— En alta voz ! habla en alta voz, respondió Javert, á mí se me habla en voz alta !

Juan Valjean continuó, bajando la voz :

— Es una súplica que tengo que hacer á usted.

— Ya te digo que hables alto.

— Pero si esto no debe ser oído sino por usted solo...

— ¿ Qué me importa á mí ? ¡ yo no escucho !

Juan Valjean se volvió hácia él y le dijo rápidamente y en tono muy bajo :

— Concédame usted tres días, ¡ tres días para ir á buscar á la niña de esta desgraciada mujer ! Yo pagaré cuanto sea menester pagar ! Usted me acompañará, si quiere.

— Quieres hacerme reír ! exclamó Javert. Ea, vaya ! Yo no te creía tonto ! Me pides tres días para marcharte ! y dices que es para ir á buscar á la hija de esa mozueta ! Ah ! ah ! ah ! no está malo eso !

Fantina se estremeció.

— Mi hija ! exclamó la enferma, ir á buscar á mi hija ! Conque no está aquí ! Hermana, respóndame usted : ¿ dónde está Coseta ? ¡ Yo quiero mi niña ! ¡ Señor Magdalena ! señor alcalde !

Javert dió una patada en el suelo.

— Mira ahora la otra ! te callarás tu, orinona ! País envilecido, donde los galeotes son magistrados y las mujeres públicas están tratadas como condesas ! Ah ! pero todo esto va á cambiar : ya era tiempo !

En seguida miró fijamente á Fantina y añadió, asiendo bien con el puño la corbata, la camisa y el pescuezo de Juan Valjean :

— Te digo que no hay aquí ya señor Madgalena, y que no hay señor alcalde. Lo que hay es un tunante, un ladrón, un galeote llamado Juan Valjean ! ese es el que yo tengo agarrado ! esto es lo que hay.

Fantina se incorporó sobresaltada, apoyándose en sus brazos rígidos y en ambas manos, miró á Juan Valjean, miró á Javert, y miró á la religiosa ; abrió la boca como para hablar, pero un horrible estertor salió del fondo de su garganta ; sus dientes rechinaron, extendió los brazos con angustia, abriendo convulsivamente las manos y buscando algo en derredor suyo como el que se está ahogando ; en seguida se postró súbitamente sobre la almohada.

Su cabeza fué á dar contra la cabecera de la cama, cayendo despues sobre su pecho, con la boca abierta, los ojos abiertos y apagados.

Estaba muerta.

Juan Valjean puso su mano sobre la mano de Javert que le tenía asido, la abrió como habria abierto la mano de un niño, y dijo á Javert :

— Usted ha matado á esta mujer.

— ¡ Acabaremos ! gritó Javert furioso, yo no vengo aquí á oír discursos. Ahorremos todo eso ; la guardia está abajo, marchemos inmediatamente, ó se te amarrará !

En un rincón del cuarto habia una cama vieja de hierro, en bastante mal estado, que servia para cuando velaban las hermanas. Juan Valjean se dirigió á aquella cama, ar-

rancó en un abrir y cerrar de ojos la cabecera, ya bastante deteriorada, cosa fácil á unos músculos como los suyos, empuñó una varilla de hierro, y miró á Javert. Javert retrocedió hácia la puerta.

Juan Valjean, con su barra empuñada, se dirigió despacio hácia el lecho de Fantina. Luégo que llegó á él, miró á Javert y le dijo con una voz que apenas podía ser oída:

— No le aconsejo á usted que me incomode en este momento.

Lo cierto es que Javert temblaba.

Tuvo intencion de ir á llamar la guardia; pero Juan Valjean podía aprovecharse de aquel instante para evadirse. Permaneció pues, cogió su baston por la punta estrecha, y se respaldó contra la puerta sin apartar los ojos de Juan Valjean.

Juan Valjean apoyó un codo sobre la cabecera del lecho de muerte y la frente en su mano derecha, y se puso á contemplar á Fantina tendida é inmóvil. Así permaneció absorto, mudo, y, evidentemente, sin pensar en ninguna otra cosa de esta vida. Ya nada habia en su semblante y en su actitud sino un sentimiento de compasion difícil de expresar. Despues de algunos instantes de aquel lúgubre ensueño, se inclinó hácia Fantina y la habló en voz baja.

¿Qué es lo que la dijo? ¿Qué podía decir aquel hombre réprobo á aquella mujer muerta? ¿Qué palabras fueron aquellas? Nadie en la tierra las oyó. Oyólas por ventura la muerta? Hay tiernas ilusiones que tal vez son realidades sublimes. Lo que no admite duda, es que sor Simplicia, único testigo de lo que allí pasaba, ha referido muchas veces que, en el momento en que Juan Valjean habló á Fantina al oído, la religiosa vió distintamente asomar una inefable sonrisa en aquellos labios pálidos y en aque-

llas vagas pupilas, como asombrada con el asombro de la tumba.

En seguida tomó Juan Valjean con ambas manos la cabeza de Fantina y la arregló sobre la almohada como una madre habria hecho con su tierna hija, la ató el cordon de la camisa y la recogió el pelo bajo la papalina. Hecho esto, la cerró los ojos.

En aquel instante, el rostro de Fantina parecia iluminado de una manera extraña.

La muerte es la entrada en la grande claridad.

La mano de Fantina colgaba fuera de la cama. Juan Valjean se arrodilló ante aquella mano, la ascendió suavemente y la besó.

Despues se levantó, y volviéndose hácia Javert, le dijo:

— Ahora ya estoy á las órdenes de usted.

TUMBA ADECUADA

Javert depositó á Juan Valjean en la cárcel de la villa. El arresto del señor Magdalena causó en M. una sensación, ó mejor dicho, una conmoción extraordinaria. Mucho nos entristece el no poder disimular que, al oír esta sola palabra: *era un galeote*, casi todo el mundo le abandonó. En ménos de dos horas, todo el bien que habia hecho quedó olvidado, y ya no fué otra cosa que « un galeote ». Justo es decir que aún no conocian los detalles de lo que habia sucedido en Arras. Durante todo aquel día, no se oía en todos los sitios de la villa sino conversaciones por el estilo de esta:

— Usted no sabe? Era un presidiario licenciado! —
 Quién? — El alcalde. — Bah! el señor Magdalena? — Sí.
 — Devéras? — No se llama Magdalena; tiene un nombre muy feo, Bejean, Boujean, Bojean. — Ay, Jesus mio! — Está

preso. — Preso! — Sí, en prision, en la cárcel de la villa, hasta tanto que le trasladen. — Que le trasladen! Van á trasladarle! Y adónde le van á trasladar? — Va á ser juzgado por un robo en despoblado que hizo en otro tiempo. — Y bien! ya me lo sospechaba yo. Ese hombre era demasiado bueno, demasiado perfecto, demasiado almibar. Él rehusó la cruz, daba sueldos á todos los pillitos que encontraba. Siempre creí que ahí se encerraba alguna mala historia.

« Los salones » sobre todo eran de esta opinion.

Una señora anciana, suscritora de *la Bandera blanca*, hizo esta reflexion, cuya profundidad es casi imposible sondear.

— No me disgusta eso. Será una buena leccion para los buonapartistas.

Así se disipó en M. aquel fantasma llamado el señor Magdalena. Sólo tres á cuatro personas, en toda la villa, permanecieron fieles á su memoria. La vieja portera que le habia servido fué del número de estas personas.

La noche de aquel mismo día, la digna anciana estaba sentada en su cuarto, despavorida aún y abismada en tristes reflexiones. La fábrica habia estado cerrada todo el día, la puerta principal con el cerrojo echado, la calle enteramente desierta. No habia en toda la casa sino las dos religiosas, sor Perpétua y sor Simplicia, para velar junto al cuerpo de Fantina.

Á eso de la hora en que el señor Magdalena acostumbraba á entrar, la honrada portera se levantó maquinalmente, cogió de un cajón la llave del cuarto del señor Magdalena, tomó la palmatoria de la cual se servia él todas las noches para subir á su habitacion, en seguida colgó la llave en el clavo de donde él la tomaba al entrar, y colocó al lado la palmatoria, como si ella le esperase. Hecho esto, se volvió á sentar, entregándose de nuevo á sus ca-

vilaciones. La pobre vieja habia practiado todas estas cosas sin tener conciencia de lo que hacia.

Sólo al cabo de dos ó tres horas fué cuando ella salió de su delirio y exclamó: Vaya! Jesus Dios mio! y yo que he puesto su llave en el clavo!

En este mismo instante abrióse la puerta vidriera de su cuarto, pasando por la abertura una mano, la cual cogió la llave y la palmatoria, y encendió la bujia en la luz de la portera que se hallaba encendida.

La vieja alzó los ojos y se quedó con la boca abierta y con un grito que ella reprimió en la garganta.

Habia reconocido aquella mano, aquel brazo, aquella manga de levita.

Era el señor Magdalena.

Durante algunos segundos, permaneció sin poder hablar, *sobrecogida*, como ella misma decia despues al referir su aventura.

— ¡Jesus! señor alcalde, exclamó, y yo que le creía á usted...

Y se detuvo: el final de su frase habria sido irrespetuoso para con el principio. Juan Valjean era siempre para ella el señor alcalde.

Él fué quien terminó su frase.

— En la cárcel, dijo. He estado, pero he roto la barra de una ventana, me he dejado caer de lo alto de un tejado, y aquí me tiene usted. Voy á subir á mi cuarto, vaya usted y llame á sor Simplicia. Sin duda velará el cadáver de esa pobre mujer.

La anciana obedeció prontamente.

No la hizo la más mínima recomendacion: estaba muy seguro de que le guardaria ella mejor de lo que se guardaria él mismo.

Nunca llegó á saberse cómo logró entrar en el patio sin estar abierta la puerta cochera. Es verdad que tenía y solia

llevar siempre consigo un llavin que abria una puertecita lateral; pero, al prenderle, debieron naturalmente registrarle y privarle del llavin. Este punto no ha podido aclararse.

Subió la escalera que conducia á su cuarto. Llegado arriba, dejó su bujia en la escalera, abrió su puerta haciendo el menor ruido posible, se fué á tientas á cerrar la ventana y despues volvió á tomar la palmatoria y á entrar en su cuarto.

Esta precaucion era útil, pues sabemos ya que su ventana podia ser vista desde la calle.

Dirigió unas miradas en deredor suyo, á su mesa, á su sillón, á su cama, que se hallaba intacta hacia tres dias: y no halló ningun vestigio de desórden de la noche penúltima. La portera habia limpiado y arreglado el cuarto como de costumbre. Sólo que habia recogido de entre las cenizas y colocado, despues de limpiarlas, sobre la mesa, las dos conteras del garrote ferrado y la moneda de cuarenta sueldos ennegrecida por el fuego.

Tomó una hoja de papel en la cual escribió: *Hé aquí las dos puntas de mi garrote ferrado y la moneda de cuarenta sueldos robada á Gervasito de que he hablado en el tribunal de audiencia*; y sobre este papel colocó la moneda y los dos pedazos de hierro, de modo que esto fuera lo primero que viesen al entrar en su cuarto. Sacó de un armario una camisa vieja suya, que rompió, y en cuyos pedazos de lienzo envolvió los dos candeleros de plata. Por lo demas, ni se mostraba presuroso ni agitado: y al mismo tiempo que empaquetaba los candeleros del obispo, daba bocados á un pedazo de pan negro. Probablemente era aquel el pan de la cárcel que se llevó consigo al escaparse.

Cuando la justicia hizo despues una pesquisa en el cuarto, tomó acta de este hecho por las migajas de pan que halló en el suelo.

Dos golpecitos se hicieron oír en la puerta.

— Adelante, dijo él.

Era sor Simplicia.

Estaba pálida, y con los ojos encarnados; la vela que llevaba vacilaba en su mano. Las violencias del destino tienen esto de particular, que por más perfeccionados ó más fríos que seamos, ellas nos arrancan del fondo de las entrañas, la naturaleza humana, y la obligan á reaparecer en el exterior. Con los terribles sacudimientos, con las fuertes emociones de este día, la religiosa se había vuelto mujer. Había llorado, y estaba temblando.

Acababa de escribir Juan Valjean algunas líneas en un papel que confió á la religiosa diciéndola: — Hermana, entregará usted esto al señor cura.

El papel estaba desdoblado, y ella le miró.

— Puede usted leerle, la dijo.

Y la religiosa leyó: — « Ruego al señor cura que cuide de todo lo que aquí dejo. Que tenga á bien pagar de esto las costas de mi proceso y el entierro de la mujer que ha muerto hoy. Lo demás será para los pobres. »

La monja quiso hablar, pero apenas pudo tartamudear algunos sonidos inarticulados. Sin embargo, consiguió decir:

— Es que el señor alcalde no desearia volver á ver por última vez á esa pobre infortunada?

— No, respondió, me persiguen, y si me prendieran en su cuarto, eso la turbaria.

Apénas acababa él de pronunciar estas palabras, cuando se sintió un gran ruido en la escalera; oyéndose un tumulto de pasos que subian, y la voz de la portera que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

— Mi buen señor, le juro á usted por Dios que no ha entrado nadie aquí en todo el día, ni en toda la noche, y que ni yo he abandonado mi puerta tampoco!

Y la voz de un hombre que respondia:

— Sin embargo, en ese cuarto hay luz

Reconocieron la voz de Javert.

La habitacion se hallaba dispuesta en términos que, al abrirse la puerta, ocultaba el ángulo de la pared á la derecha. Juan Valjean dió un soplo á la bujía y se ocultó en aquel rincon.

Sor Simplicia cayó de rodillas junto á la mesa.

La puerta se abrió.

Entró Javert.

Oíase entre tanto el cuchicheo de varios hombres y las protestas de la portera en el corredor.

La religiosa no levantó los ojos. Estaba orando.

Su vela se hallaba sobre la chimenea y sólo daba una débil claridad.

Javert vió á la hermana y se detuvo como cortado.

Sin duda el lector recuerda que el fondo mismo de Javert, su elemento, su aire respirable, era la veneracion de toda autoridad. Era un hombre como hecho todo de una pieza, que ni admitia objecion ni restriccion. Se entiende que, para él, la autoridad eclesiástica era la primera de todas; era religioso, superficial y correcto en este punto como en todos los demás. Á sus ojos, un sacerdote era un espíritu que no se engaña jamas, y una religiosa, una criatura impecable. Almas muradas en este mundo, con una sola puerta que nunca se abria sino para dar paso á la verdad.

Al ver á la hermana, su primer movimiento fué para retirarse.

Sin embargo, habia tambien otro deber que le reteaia, y que le impelia imperiosamente en sentido inverso. Su segundo movimiento fué para permanecer, y aventurar á lo ménos una pregunta.

Era aquella sor Simplicia que no habia mentido nunca

en su vida. Javert lo sabia, y la veneraba particularmente por este motivo.

— Hermana, la dijo, ¿está usted sola en este cuarto?

Hubo un momento horrible, durante el cual la pobre portera se sintió desfallecer.

La religiosa levantó los ojos y respondió:

— Sí.

— De modo que, repuso Javert, dispéñeme usted si insisto, pues es mi deber, no ha visto usted esta noche á una persona, un hombre, que se ha evadido, y á quien buscamos, — ese llamado Juan Valjean, ¿no le ha visto usted?...

La hermana respondió:

— No.

Mintió. Mintió dos veces seguidas, una en pos de otra, sin vacilar, rápidamente, con la abnegacion de una persona que se sacrifica.

— Perdóne usted, dijo Javert, y se retiró saludando con el mayor respeto.

¡Oh santa mujer! tú no eres ya de este mundo hace muchos años; desde entónces, estás unida en la luz con tus hermanas las vírgenes y con tus hermanos los ángeles; que esa mentira te recomiende y te sea contada entre tus mejores obras en el paraíso!

La afirmacion de la hermana fué para Javert una cosa tan decisiva, que ni siquiera notó la singularidad de aquella bujía que acababan de apagar y que aún estaba echando humo sobre la mesa.

Una hora despues alejábbase rápidamente de M. un hombre que caminaba por entre las espesuras de las arboledas y de las brumas, dirigiéndose hácia París. Este hombre era Juan Valjean. Segun el testimonio de dos ó tres carreteros que le encontraron, llevaba un paquete, é iba vestido de una blusa. ¿Dónde habia él tomado esta blusa? Nunca llegó á saberse. Sin embargo, un operario anciano

habia muerto pocos dias ántes en la enfermería de la fábrica, no dejando otra cosa que su blusa. Tal vez era esta.

Una palabra más acerca de Fantina.

Tenemos todos una madre, la tierra. Esta madre recogió á Fantina.

El cura creyó hacer y tal vez hizo bien en reservar, sobre lo que habia dejado Juan Valjean, la mayor cantidad de dinero posible á los pobres. Y sobre todo, ¿de quién se trataba? de un presidiario y de una mujer pública. Por eso procuró simplificar cuanto pudo el entierro de Fantina, reduciéndole á lo estrictamente necesario, á lo que llaman la fosa comun.

Fué pues sepultada Fantina en el rincon gratuito del cementerio que pertenece á todos y á nadie, y dónde se pierden los pobres. Afortunadamente Dios sabe dónde encontrar el alma. Acostaron á Fantina en las tinieblas, entre los huesos de los primeros y de los últimos cadáveres allí arrojados, más bien que depositados; haciéndola sufrir la promiscuidad de las cenizas. Fué lanzada á la fosa pública. Su tumba se pareció á su lecho.

